



ANIMAL PROFUNDO

Brunhilde Román Ibáñez

ANIMAL PROFUNDO



Primera edición: mayo de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Brunhilde Román Ibáñez

© Prólogo: Diana E. Martín Herrero

© Ilustración fénix: Victoria Cepeda

© Ilustración mujer Sylvia Dolunay (S. Arriero)

© Ilustración bailarina: Brunhilde Román

© Foto cubierta: Federico Romero Galán

ISBN: 978-84-18250-75-0

ISBN digital: 978-84-178250-76-7

Depósito legal: M-9283-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A José Luis y Juanjo, hasta el día del retorno.
A Diana, Victoria y Sylvia, por entrar conmigo
en el bosque sagrado.
A mis hermanas en danza.
A ti, que también estás en estas páginas.

Este libro está escrito bajo el auspicio de la diosa Diana Nemorensis.

Quien ha sido convocado al bosque de Nemi nunca retornará intacto al hogar.

Que los dioses que habitan en ti te muestren el camino.

PRÓLOGO

Vengo de caminar la ciudad, vestida de corazones de papel y coronada de flores rotas. Y me siento con este poemario en las manos, como tú lo haces ahora. Me acerco al umbral del bosque de Nemi, dispuesta al sacrificio necesario. No hay renacimiento posible sin muerte. Y entro, decidida, confiando en mi destino.

Veo un océano oscuro, alumbrado de luz interior, manso en la superficie y con lejanas tempestades. Los amantes se abrazan en la orilla. Y su abrazo de hoy es el de ayer y el de siempre, con olor a nostalgia, a eternidad y con sabor a sal.

Los Dioses acompañan el camino. Ellos afloran en el rostro amado y en el regalo del placer inesperado. Siempre he sospechado que los amores fugaces, que los amantes que aparecen y desaparecen como Ángeles o Demonios son los propios Dioses. Con esa generosidad se entregan ellos, corriente de pura Vida, derramada en vasija de barro, dejándonos desbordados y marcados para siempre.

El fruto ya no es el mismo.

Las manos desgranar la negra tierra. Las ciudades son blancas y de luz. Y en el fondo late, nace y emerge el rojo de la sangre ancestral. Mientras tanto, esperando para unirse y ser Uno, bate las alas, danzando, un pájaro azul.

Por estas líneas pasean, poderosas e impúdicas, intensas y amorosas, Diosas, Serpientes y Brujas, que nos miran a los ojos y nos invitan al festín. Y Dioses, radiantes y de belleza inexplicable, señores de la Naturaleza agreste, dueños del Oráculo eterno.

Todos ellos, seres vibrantes, se acercan para robarnos el alma y la vista. Para, así, regalarnos el divino tesoro de la verdadera vida y del claroscuro. Los Dioses no admiten un no por respuesta.

Prepárate pues, tu que tienes en tus manos este poemario, a conocer la fatiga, la nostalgia y la duda, que son la materia de las que está hecho el Viaje.

Da la bienvenida a tus fantasmas del pasado, esencia del Amor auténtico y toma su mano para volver de nuevo a Casa. Déjate guiar hacia el alma desnuda de estas líneas. Y ahí, en tierra de todos y de nadie, encuentra el lugar y el tiempo donde ya no hay separación.

Hoy Amor me hizo un regalo. Me despoje de corazones de papel y de flores rotas y tuve la oportunidad de, con estos versos, conocer el néctar destilado por la Musa.

Poesía.

DIANA E. MARTÍN HERRERO
En Madrid, 14 de febrero de 2019

INVOCACIÓN

Algo nos renace
como una súbita invocación
desde muy dentro del aire.
Alzamos el vuelo desde el mismo volar,
sostenidos por lo inmenso de la risa,
abriendo con tu luz intacta
los labios de la tarde.

No vengas con flores a la cita,
que venga tu risa,
y, en bandadas,
volvamos a agotar en este cielo
los desvelados signos de la noche.

SIN TÍTULO I

Qué quedó de nosotros sino el quedar, pura conjunción de verbos que la noche constela bajo el ala del sueño. No éramos ni tú ni yo, sino otros que nos miraban bajo nuestros mismos nombres. Cómo entonces devolverte a ti, cuando nuestro misterio nunca había sido por mí pronunciado.

EL MAR OLÍA A TI CUANDO CRUCÉ LA ORILLA...

El mar olía a ti cuando crucé la orilla.
El mar, hundiéndose, recogía fragmentos de sí junto
a la playa,
tu voz hinchada de sal,
mis gritos de gaviota,
los restos de un cuerpo que llamábamos nuestro.

El mar se hundía y en cada orilla
bebíamos la sal
como si en ella recogiésemos los restos del naufragio.

Si entonces fuimos lágrimas,
también el océano habitó en nosotros.

CARTA QUE MAMÁ SIEMPRE QUISO ESCRIBIRME

Tenías aún la forma de mi vientre,
y tu nombre no tenía fin,
porque eras siempre la misma palabra,
el mismo fragmento de palabra
cayendo
desde el origen del mundo.

«Nunca te rompas».

Porque desde el silencio te sigo llamando,
porque te amo desde todas mis cicatrices:
«Solo tenía este dolor para ofrecerte
como regalo de nacimiento».

Y, así, te abriste paso desde este nacer al dolor,
recorriéndome como un corazón
para que nunca olvidase
que el palpito que anima las galaxias
es el eco del tiempo
en que tú y yo fuimos un solo latido.

EL AMADO

Tú me presentaste esta alma mía.
Oh, Amado.
El aire está solo,
y mi vino sabe dulce en tu boca.

Vine con los labios desnudos
para beber el uno del otro,
para entrar en el cáliz de la noche
hasta agotar la hondura de su abrazo.

Dejarlo todo, Shams de Tabriz,
para que tu sol cubriera mi cuerpo.

Ven,
labra en mí con tu aliento
el reino que no tiene fin.



ASH

CENIZA